Ensayo En un siglo como el XXI, en el que todo evoluciona a velocidad de vértigo, las pautas de lectura están sujetas a nuevos desafíos

Divinas palabras

Barritas de incienso decoradas con caracteres chinos NIK WHEELER / CORBIS

Daniel Cassany
Rere les línies / Tras las líneas
Traducción al castellano del autor

EMPÚRIES / ANAGRAMA
270 / 294 PÁGINAS
19,50 / 18 EUROS

ANTONI GUAL

¡Ay el lenguaje! ¡Ay las palabras! Menudo embrollo. Para hablar de ellas tenemos que hacerlo, justamente, a través de ellas. El lenguaje es la morada del ser, sostenía Heidegger. El pensador alemán más que especular sobre el ser, hablaba del lenguaje. Pero no una morada en la que cabemos todos, sino que cada uno de nosotros tiene la suya particular. Algunos disfrutan de una sólida; otros, vamos más apañaditos, nos cobijamos en una llena de goteras, casi a la intemperie. Otros disfrutan en el interior de un clima apropiado para cada estación, mientras que la mayoría no acertamos nunca a acondicionarla. Hay que tener presente una máxima fundamental: en todo lenguaje que se precie, ninguno de los objetos a los que se dirige puede ser un signo del lenguaje. Así, cuando yo hablo de una estampida de búfalos, ningún búfalo pasa por mi boca.

Existen, pues, moradas de muchos tipos y la utilización que cada uno hace de ellas parece no tener fin. Las hay de ambiguas, otras, de más precisas. También las de construcción enmarañada, otras de engañosas. En fin, un universo. La gran cuestión es cómo las vemos cada uno de nosotros, no las nuestras, sino las de los demás: cómo las leemos.

El profesor Daniel Cassany nos ha obsequiado con este libro, *Tras las líneas*, para proyectar un poco de luz sobre este tema. Algunos pensarán que se trata de un libro de uno de estos hermeneutas tan confusos que tanto abundan hoy. Pues bien, no. Es un ejercicio didáctico para esclarecer todo este fenómeno, marcando pautas sobre cómo *leerlo* en nuestros días. Con la palabra se puede matar, o disponer a hacerlo pero también, según algunos, curar y amar. Me da la impresión de que *Tras las líneas* habla, fundamentalmente, de esto. Pero no sólo. Se ramifica en otras cuestiones de importancia vital, como la globalización lectora en la que estamos sumergidos, la arquitectura lingüística convencional, internet, la recontextualización y un largo etcétera que nos haría extendernos demasiado. Lo que es seguro es que el texto de Cassany incide en todas ellas de forma esclarecedora e inteligible.

En la página 79 del libro hay una cita que me ha parecido particularmente interesante y que uno podría creer que se trata de un pensamiento de algún gran filósofo o lingüista y luego queda asombrado al ver que pertenece a una estudiante, seguramente alumna del autor. Laia Pascual dice así: "La lengua manipula, la lengua distorsiona y todavía más, la lengua crea la realidad. Es fascinante y a la vez asusta el hecho de saber que estamos ante el arma humana más fuerte y de apariencia más inofensiva". Laia da, exactamente en el clavo. ¿Ejemplos de lo que dice? Muchos. Cassany expone algunos. Cada uno de nosotros ha vivido varios. Personalmente recuerdo ahora que, no hace mucho oí decir a un metereólogo de TV3, cito de memoria, "cielo sereno en Catalunya y chubascos en el noroeste del estado". Sobre el estado no ha llovido jamás, caramba. Que más hubiera querido Bakunin.

Libros como *Tras las líneas* nos permiten eso, ir tras ellas pero sin perder-

Cassany se acerca con didactismo a temas como la globalización lectora, internet o los textos técnicos

nos en el laberinto de las palabras. A partir de él se puede ya leerlo todo. Incluso, leer, las tres proposiciones del *Tractatus* de Wittgenstein. Eso es: las plenas de sentido, o sea, las dirigidas a la realidad: los caballos comen sillas o el Átomo es divisible. La primera es falsa y la segunda verdadera pero ambas rebosan de sentido. Hay otro tipo de proposiciones que son las vacías de contenido. Son las de la lógica, que no tiene dirección. Ejemplo, cualquier teorema. Y luego están las insensatas que son las de la metafísica o la religión. También las de la estética. Véase: Dios existe. Y es que al final del *Tractatus* Wittgenstein nos dice: "De lo que no podemos hablar, lo mejor es guardar silencio".

¡Qué gran frase! Algunos de los que tenemos de vez en cuando la osadía de asomarnos en los papeles públicos la tendríamos que tener muy presente a la hora de empezar a opinar de algo. De las palabras, por ejemplo. |